



AMEIS

Partidas en la

La anciana que cada tarde juega una partida de cartas con otras mujeres de un relato en el que confluyen un mundo rural que pierde vecinos, el esparcimiento y cuidado de los que son aun más vulnerables forman parte de **Catalina, el relato de Esther Panduro.**

UNA TARDE DE BRISCA

A pesar de que el ayuntamiento está cerca de su casa, Catalina insiste en que Justino tranque la puerta con la llave grande. Él refunfuña. Le cuesta girarla, no porque a sus noventa y tres años le falle la fuerza, sino por la holgura que el tiempo y el desgaste ha ocasionado en el viejo pestillo.

Catalina comprueba que está bien cerrada. Satisfecha, camina con paso ligero, dejando atrás a su marido. Catalina tiene cinco años menos que él y le gusta presumir de su agilidad. Los movimientos de Justino son pausados y tiene que ayudarse de una vara alta que el mismo talló.

Todas las tardes Catalina y otras mujeres del pueblo se juntan a jugar a la brisca en el ayuntamiento. El Alcalde ha habilitado una sala para ellas, incluso mandó colocar una máquina que dispensa café y chocolate. Por el camino, se detiene a observar los campos baldíos al otro lado de la carretera. Los colores pajizos le evocan sueños de infancia; anaranjados y altivos, ajenos a guadañas afiladas. Recuerda cómo era entonces el mes de agosto; los vastos campos dorados, el crepitar de las espigas secas. El pleno sol de cuatro de la tarde cuando, acompañada de su hermana, se escabullía a la hora de la siesta saltando el muro del corral. Las regañinas de su madre, las risas de ellas, despreocupadas bajo los sombreros de paja. Después del canto confiado de las espigas llegaba la siega, las eras, el olor a trigo nuevo. El trabajo duro era para ellas un juego, revoloteando como estaban siempre entre alpacas y sacos de trigo, cobijadas a la sombra de las carretas, cuando los bueyes no eran carne de matadero. ¡Cuántas veces corrieron por esos campos dorados! La mayoría de los coetáneos de Catalina han muerto o se han ido a la ciudad, a casa de los hijos. Ahora solo Aniceto, el nieto de Manuela, siembra los campos.

La mujer vuelve la mirada hacia atrás, buscando a Justino. Lo ve aparecer renqueante, con la boina puesta a pesar del calor. Un perro escuálido, que lleva varios días



merodeando por el pueblo, se acerca al viejo en actitud suplicante, jadeando. El viejo lo aparta con la vara. Ella vuelve a acelerar el paso y a dejarlo rezagado. Piensa en la partida. Hoy va a cambiar de pareja. Ayer ella y Casilda perdieron y les tocó convidar al chocolate. Casilda está medio ciega y no le entiende bien sus señas; siempre acaba arruinándole las mejores jugadas, haciendo que malogre briscas y cantes. Lo ha decidido, hoy jugará con Manuela.

Al llegar a la puerta del ayuntamiento, Catalina espera a Justino. El hombre no aparece. Casilda la llama por la ventana de la sala. Golpea en el cristal y le hace un gesto para que entre.

Por un momento, Catalina se olvida de su marido. Nadie se ha opuesto al cambio de pareja y, con Manuela atendiendo a todos sus guiños y encartes, no les cuesta ganar la primera partida.

—Ayer me encontré con el señor cura. Ha cambiado el día de la misa patronal al próximo domingo —comenta Casilda.

tarde de verano

Es mayores en la sala habilitada en el Ayuntamiento del pueblo es el personaje conductor del envejecimiento de quienes se quedan y un vivir cotidiano en el que recuerdos, ratos de un día a día que, no por rutinario, está exento de sobresaltos... Es la tarde de brisca de

—¡Eso no puede ser! No nos va a dejar el día de la fiesta sin misa grande —responde Manuela.

Catalina no está muy atenta a la conversación y eso que le tiene mucha tirria al sacerdote y no pierde ocasión para criticarlo. Casilda adivina el motivo de su zozobra.

—Tranquila, mujer. Seguro que Justino se ha encontrado con alguien.

—No sé con quién se va a encontrar si en el pueblo no queda gente con la que entretenerse, y mi Justino ya sabéis que es de pocas palabras.

Su hermana solía decirle que Justino no tenía sangre en las venas. A Catalina le gustaba su carácter austero, con poco se entendían. Aunque en una ocasión él le levantó la mano —el día en el que ella le echó en cara que por dos veces lo habían visto entrar al atardecer en casa de María, una viuda que vivía en una de las últimas casas del pueblo—, ella cree que no han tenido una mala vida juntos.

Catalina no le quita ojo a la ventana. Le cuesta concentrarse y echa un arrastre que le hace perder a Manuela el rey de bastos.

—Te lo marqué. ¡Cantaba las cuarenta!

—No te pongas así, Manuela. Estoy preocupada, este hombre no suele retrasarse tanto. Hace rato que tendría que estar aquí.

—Es que no sé a santo de qué obligarlo a venir a la partida, si el hombre se aburre de mirar.

—Si no lo azuzo no se mueve y no le conviene quedarse quieto.

Catalina, entre la charla y los nervios, tira una brisca cuando no debe y se la ganan.

—No das una. Anda, vete, a ver si encuentras al perdido —dice Manuela mientras recoge las cartas—. Esto te pasa por llevarlo caminando tres metros por detrás de ti.

—Yo no puedo andar con esa parsimonia suya —protesta ella, y se apresura a salir a la calle.

Se lo imagina caído al borde del camino con un golpe en la cabeza, o algo peor. Maldito hombre, piensa, hoy que íbamos ganando. Recuerda que hace unos días recibió el aviso del impago del seguro de decesos. Catalina acelera el paso, dobla la esquina de su calle con oscuros augurios en su cabeza.

Sentado en el poyo de la fachada principal de la casa, Justino le da un trozo de cecina al perro escuálido, el que lleva varios días rondando por el pueblo. El animal le lame la mano y reposa la cabeza en el muslo del viejo, mientras, este no deja de acariciarlo.

Esther Panduro

ESTHER PANDURO (Astorga, León, 1971). Estudió Administración y Finanzas. Se trasladó a Madrid en 2006. En 2016 obtuvo el título de Experto Universitario en Fotografía aplicada por la Universidad Miguel Hernández de Elche. En 2017 ganó el II Certamen de Narrativa Breve "Jorge Maldonado" otorgado por el Ayuntamiento de Móstoles. Ha participado en varias antologías entre ellas, "Esas que también soy yo" o "Recuperar el fuego y no ponerle nombre".

